

# CARLISMO, ANARQUISMO Y OTRAS FORMAS TRADICIONALES DE REBELDÍA CAMPESINA EN ALBALATE DEL ARZOBISPO (TERUEL)



*Daniel Lasmarías Abellán*

La Guerra Civil Española (1936-1939) funciona como una especie de lente cóncava, deformando los hechos históricos de nuestro país. Todo lo anterior parece ser causa, todo lo posterior debe ser tratado como consecuencia. Cuantitativamente ha generado más bibliografía que ningún otro conflicto de nuestro pasado. En todas las familias hay historias personales, abuelos o bisabuelos que lucharon en uno u otro bando, y según eso, o según nuestra ideología presente, miramos esa lente de una u otra forma. Este trabajo pretende tratar la época republicana en Albalate del Arzobispo evitando, en lo posible, explicarla con lo que vino después, sino hundiéndonos en sus raíces. El fin último es estudiar la violencia de los años treinta como una evolución de las formas de rebeldía campesina del siglo XIX y cómo esa evolución conllevó una reacción burguesa, y así entender ese periodo como otro jalón más en un conflicto que se venía arrastrando en nuestro país desde hacía más de un siglo, consecuencia del fracaso de la revolución liberal española en el mundo rural y de su incapacidad para incluir en ella a las masas desposeídas.

\*\*\*

Para entender los conflictos sociales en Albalate del Arzobispo entre 1931 y 1936, antes de nada, debemos viajar al origen de todo, a la crisis del absolutismo borbónico y al triunfo del régimen liberal (1808-1833) y

cómo el nuevo modelo marginó al campesinado, arrojando a este a los brazos de la reacción y de la violencia. La lucha agraria republicana es heredera de la lucha agraria carlista, sobre todo en el Bajo Aragón.

A principios del siglo XIX, si eras pobre, la vida era dura, ya tuvieras que responder ante un señor feudal, ya tuvieras que acatar una constitución. Sin embargo, el régimen feudal de Albalate, desde un punto de vista campesino, no era en absoluto dañino: el arzobispo de Zaragoza, el señor temporal, apenas poseía tierras y apenas recogía rentas (y cuando era así, solían ser en especie); impartía justicia y había sido amo siempre, según la costumbre (que en una sociedad tradicional tiene siempre más peso que la ley). Los otros, los ricos, antiguos infanzones, los que poseían la tierra, a los que tenías que pagar en moneda y que te pasaban sus papeles por delante para justificarlo, a sabiendas de que no sabías leer; aquellos protocaciques que, como casi todos los ricos, abrazaban la causa liberal de Isabel II y su madre, atentaban contra Dios y lo establecido, y no traían otra cosa que promesas huecas.

El feudalismo era ineficaz, los nuevos tiempos anunciaban nuevas maneras (más eficaces) de explotar a jornaleros y labradores. Así, la muerte de Fernando VII (1833) y la instauración del liberalismo, provocaron entre los estratos más bajos de la población un efecto cu-

rioso: se idealizó el Antiguo Régimen. Se empezó a creer que antes se vivía mejor, de acuerdo con un orden más justo. De esta idealización se alimentó el carlismo, un movimiento tradicionalista y absolutista, cierto, pero también un espacio de protesta inédito hasta entonces. El primer carlismo fue un movimiento campesino, un movimiento violento, que, como ya se ha dicho, cobijó bajo sus alas a “los que nada o poco tenían”.

Y en el Albalate de 1833 decir “los que nada o poco tenían” es nombrar a más de la mitad de la población. Al final del Antiguo Régimen (1824)<sup>1</sup> la villa tenía 3.590 habitantes, la mayoría dedicados a la tierra (un 68%). Sin embargo, un 40% del total (375 familias) no tenían acceso a la propiedad agraria, a pesar de dedicarse a eso, eran jornaleros. El crecimiento de la población a lo largo del siglo XVIII había traído consigo un proceso de roturación y deforestación incontrolado con devastadores efectos para la agricultura y la ganadería (escasez de pastos y bajada de la productividad de la tierra). Además, la desamortización iba a dejar las posesiones de los señores feudales en manos de los nuevos capitalistas que monetizarían las relaciones con los antiguos siervos e impondrían, en líneas generales, condiciones económicas más estrictas y perniciosas para la mano de obra agrícola. La progresiva sustitución de los censos (a perpetuidad y heredables) por los arriendos (temporales y revisables) es el mejor ejemplo de cómo el “progreso” del nuevo régimen no se traducían necesariamente en mejores condiciones de vida para el proletariado rural. Así:

*No habrá de extrañar que el recuerdo de estos diez años finales de la monarquía absoluta, con una experiencia de precios bajos y tributos altos, mueva a los pequeños propietarios a sentirse identificados con el carlismo, en el que ven una expresión de su mismo descontento hacia los cambios que se están produciendo en su mundo*<sup>2</sup>.

Es evidente pues que el carlismo se nutría de la pobreza.

En Albalate había bastantes labradores, pero solo siete “propietarios”, es decir, ricos burgueses que se dedicaban al campo, pero que no lo trabajaban directamente. Eran los ricos del pueblo, los que realmente se iban a lucrar con la revolución liberal. Se repetían los apellidos que se repartirían el poder municipal durante el siglo XIX y parte del XX: Alcaine, Escoin, Jordana, Orna, Ardid, y Bernad. Ellos se asociaron y se hicieron con el molino del aceite cuando éste fue desamortizado poco después; ellos controlaron el molino de la alfarda, construido en esa época; de entre ellos saldrían los futuros alcaldes de la villa.

¿Qué les dejaba a los pobres la ansiada revolución liberal? Nada. Ni siquiera podrían votar, pues este era un privilegio reservado a los propietarios. La nueva reina y sus ministros insultaban a Dios, robaban los bienes a la Iglesia y a sus legítimos dueños y los repartían entre los ricos propietarios. En este caldo de cultivo, el carlismo, esa ideología básica y sencilla, iba a prosperar. El resultado fue una guerra civil de siete años de duración que redujo a escombros la mitad de la recién inaugurada provincia de Teruel. Quizás la Primera Guerra Carlista (1833-1840) tuviera en el norte, en las tierras vascas y navarras, más virulencia y fama, pero lo cierto es que destrozó Aragón a niveles nunca vistos y que tardarían en repetirse.

Para la historiografía liberal las facciones carlistas del Bajo Aragón eran poco más que partidas de bandidos. La desorganización con la que operaban era el argumento más poderoso para sostener lo anterior, sin embargo, lo cierto es que estaban compuestas mayoritariamente por campesinos y no por bandoleros. Y estos tenían unas convicciones políticas profundas que raramente expresaban al carecer de las armas teóricas para hacerlo<sup>3</sup>. El Estado liberal, “tras desvincular al campesinado de sus ataduras señoriales, no parecía ofrecer otra alternativa de recambio que dejarlo en el desarraigo y en la miseria”<sup>4</sup>. Así, los hombres de campo mitificaron el mundo tradicional<sup>5</sup> y rechazaron de plano cualquier propuesta de modernización.

<sup>1</sup> Los datos del padrón de 1824 han sido analizados en José Manuel PINA PIQUER, *De ilusiones y tragedias: historia de Albalate del Arzobispo*, Albalate del Arzobispo, 2001, p.p. 184-189

<sup>2</sup> Josep FONTANA, *Hacienda y Estado en la crisis final del antiguo régimen español*, Madrid, 1973, p. 334

<sup>3</sup> Según Hobsbawm serían gentes que todavía no habían encontrado “un lenguaje específico en el que expresar sus aspiraciones tocantes al mundo” en Eric J. HOBBSBAWN, *Rebeldes primitivos*, 1974, p. 11

<sup>4</sup> Francisco ENTERNA DURÁN, “Viejas y nuevas formas de organización campesina en el medio agrario español”, *Papers: revista de sociología*, Nº 45, 1995 (Ejemplar dedicado a: “Relaciones sociales: antiguas y nuevas realidades”), p. 61

<sup>5</sup> Francisco ENTERNA lo denomina “mitificación mixtificadora del mundo tradicional” y señala que es “una constante en los movimientos tradicionales campesinos de otros países”

La insurrección carlista creció en número año a año. Tuvo una escasa implantación en sus comienzos y progresivamente fue atrayendo al campesinado poco a poco. “La rebeldía continuada de un grupo reducido facilitó con posterioridad la adhesión coyuntural de un número considerable”<sup>6</sup>. A finales de 1833 se levantaron en el Bajo Aragón, Maestrazgo y en la zona de Castellón entre 1.766 y 2.500 hombres siendo optimistas, aunque lo más probable es que no superaran los 1.500 que se reunieron en los alrededores de Morella. En 1839 los soldados carlistas de esas zonas serían unos 25.000 (muy cerca de los 30.000 rebeldes del País Vasco y Navarra, y más del doble de las tropas que el carlismo catalán pudo reunir en su mejor época, entre 1835 y 1837)<sup>7</sup>.

Los guerrilleros eran principalmente campesinos y jóvenes. Lo eran porque el Bajo Aragón era principalmente campesino y joven. La partida es un reflejo de su sociedad. Las gavillas atraían a la gente sin lazos familiares, solteros y, sobre todo, a aquellos desposeídos que carecían de bien alguno.

Los jornaleros vivían al día. En las épocas del año que se quedaban sin trabajo eran poco más que indigentes. Que el primer levantamiento aragonés (finales de 1833) coincidiera con la campaña de la oliva le restó fuerza: los pobres tenían una alternativa al bandolerismo. Cuando se quedaron sin trabajo en primavera, a la espera de la siega en verano, los cabecillas carlistas que habían sobrevivido a aquel horrible invierno se encontraron con una masa hambrienta más fácilmente reclutable. Como contrapartida, el jornalero carlista desertaba de la partida en verano al haber trabajado en el campo. Algo parecido pasaba con los pequeños labradores (ya fueran propietarios o arrendatarios de otro) y que se situaban solo un peldaño por encima de los jornaleros.

El precio del trigo y de la oliva estaba en mínimos históricos en Teruel. La monetarización de las relaciones agrícolas y de los impuestos que traía consigo el Es-

tado liberal era otra losa sobre su espalda. Comenzaron los impagos (primero del diezmo y luego de las obligaciones con otros propietarios) y “echarse al monte”, en tiempos de poca carga de trabajo, se convirtió en una alternativa económica viable.

\*\*\*

La Primera Guerra Carlista o Guerra de los Siete Años (1833-1840) fue un conflicto guerrillero que, aparte de la destrucción asociada al enfrentamiento armado tradicional, instauró una cultura de violencia donde son entendibles la mayoría de los choques previos a la Guerra Civil de 1936.



*“El general Cabrera en Morella” (A. Ferrer Dalmau). El ejército carlista acogió a numerosos albalatinos, que se alistaron como forma de huir de la miseria y por oposición al régimen liberal.*

En Aragón se pueden identificar dos periodos durante el conflicto: uno que llegaría hasta la muerte de Manuel Carnicer, el gran cabecilla alcañizano, que comenzó una guerra de guerrillas estacional (asaltos en primavera y otoño, repliegue en verano e invierno para que los soldados pudieran volver a sus casas a trabajar en el campo) y que fue fusilado en la primavera de 1835; y otro caracterizado por el liderazgo de Ramón Cabrera con una visión de guerra total que llevó la desolación a

<sup>6</sup> Pedro RÚJULA, *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón (1833-1835)*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1995, p. 383

<sup>7</sup> Antonio CARIDAD SALVADOR, *El ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón (1833-1840)*, Valencia, 2013, pp 52-54

todo el Maestrazgo y gran parte del Bajo Aragón Histórico. Como hitos de esta terrible época quedan en Albalate los asesinatos de 25 miembros de la Milicia Nacional en Santa Bárbara en 1837 y el abandono del pueblo (las famosas *fuidas*<sup>8</sup>) que fue de tal magnitud que en un periódico de la época se hace notar que la llegada de los refugiados del pueblo a Zaragoza (portando todo producto agrícola que podían acarrear) conllevó el desplome del precio del aceite en la lonja.

La primera fase de la guerra (1833-1835) incorpora un buen número de elementos típicos de rebeldía campesina que se repetirán durante décadas. Al regresar a sus pueblos de origen, al acogerse a un indulto<sup>9</sup>, los antiguos guerrilleros llevaban consigo la guerra<sup>10</sup>: se destruían lápidas conmemorativas (las que rebautizaban las plazas mayores de los pueblos con el nombre de Isabel II, por ejemplo), se agredía a las autoridades, se secuestraban alcaldes<sup>11</sup>, e incluso se atentaba contra los religiosos que no apoyaban con resolución la causa del infante don Carlos. También fueron típicas las "algaradas" nocturnas mediante cánticos subversivos, amenazas o agresiones. Todas estas formas de protestas pervivirán a lo largo del siglo XIX y se volverán más virulentas en época republicana.

En 1835 no solo la muerte de Carnicer marca el final de un tipo de guerra "popular" y "campesina". En verano, en Zaragoza, en un clima de paranoia, se asesinan frailes y se queman conventos. El anticlericalismo empieza a asentarse en el ideario de las clases bajas urbanas que desean una extensión de la revolución liberal más radical que la que ofrece Isabel II y que muestran el descontento ante el apoyo oficioso de la Iglesia a los carlistas. A lo largo de los años siguientes este anticlericalismo se extendería al agro, a la vez que el carlismo iría abandonando al campesinado para terminar labrando una alianza con una burguesía que en origen detestaba. Los dos bandos enfrentados en 1833-1840 mutaron y, un siglo después, entre 1936 y 1939, eran ya irreconocibles.

\*\*\*

Una vez terminada la Guerra de los Siete Años, el carlismo empezó su propio viaje hacia un tradicionalismo irredento que lo alejó de su base social y posteriormente lo atrajo a una alianza con el fascismo, tras la que cayó en la irrelevancia. El campesinado aragonés (y albalatino) lo fue abandonado poco a poco a lo largo del siglo XIX, pero siguió manteniendo una cultura política en la que la violencia aparecía como única forma de resolución de conflictos. De la ciudad iban a llegar nuevas ideas que germinarían con fuerza en el campo: socialismos, anarquismos y, sobrevolándolo todo, un anticlericalismo activo.

La violencia en Albalate del Arzobispo no terminó con la guerra y el exilio de Cabrera en 1840. Ya en 1847 la amenaza de otro levantamiento era evidente debido a

*la mucha miseria que existe en estos pueblos, especialmente entre la clase de jornaleros. En Albalate hace dos noches que algunos disfrazados y con careta, van a pedir limosna a las casas de los propietarios: es muy general y mucha la miseria, y por esto y por el mal sistema de gobierno, nos tememos que cuando den la orden los montemolinistas, o se presenten esos cabecillas por aquí, no les faltará gente, muchos de ellos por comer*<sup>12</sup>

Y aunque poco después en la prensa nacional se afirmaba que el carlismo estaba erradicado en la zona pues "ni un solo hombre existe armado de Montemolín, ni se cree lo habrá a no ser sea invadido por alguna facción catalana"<sup>13</sup> lo cierto es que la hoguera no estaba apagada.

En 1849 fueron hechos

*presos [...] tres paisanos, vecinos del mismo pueblo, por un Capitán de granaderos de la Reina Gobernadora de orden del Brigadier D. Juan Cabañero, los cuales fueron puestos en la cárcel pública, y que al día siguiente se encontraron muertos los tres a cuarto y medio de legua de la referida población*<sup>14</sup>.

Juan Cabañero, urreano aunque retirado en Albalate, villa a la que le unían lazos familiares, había sido cabecilla carlista (es más, fue él el que intentó conquistar Zaragoza el 5 de marzo de 1838), para después ponerse a las órdenes de las fuerzas liberales y empezar una campaña de represión típica de los conversos. El hecho de que fuera un rico propietario, terrateniente, y por lo tanto una *rara avis* dentro del movimiento realista (pues la mayoría de los jefes carlistas provenían de hogares pobres) explica sus últimos años y anticipa la evolución posterior del movimiento.

Es difícil discernir en esta época cuándo el bandolerismo era político y cuándo meramente criminal. En ocasiones una cosa conllevaba la otra. Lo cierto es que fue un grave problema durante los años posteriores a la Primera Guerra Carlista.

En la nota necrológica de 1850 dedicada a Cabañero se indica que

*se le consideraba como uno de los mas firmes defensores de la causa del orden. Parece, con efecto, que había sido tan afortunado, que durante su mando no se había cometido en aquel distrito el mas insignificante robo a mano armada*<sup>15</sup>.

Uno no puede dejar de notar la ironía de ese "afortunado", sobre todo cuando se hace referencia a un personaje que había dirigido multitud de gavillas carlistas durante años, atacando el orden liberal y que, una vez hubo cambiado de bando, se había dedicado con ahínco a la represión más férrea y cruel.

Uno de los objetivos más claros del bandidaje durante estas décadas fueron los impopulares recaudadores de contribuciones. Así por ejemplo en 1868:

*la madrugada del día 8 fueron robados por tres hombres armados, a hora y media de distancia de aquella población, los recaudadores de contribuciones D. Francisco Ferrando y su hijo D. Dionisio. Dícese que el robo asciende a 8.000 escudos que llevaban en oro, habiéndoles dejado la plata*<sup>16</sup>.

Los nuevos impuestos no gustaban, además su recaudación estaba privatizada, haciéndolos más detestables para una población que no veía los beneficios resultantes de aquellos pagos. En 1870 hubo una revuelta

contra los recaudadores de contribuciones en Albalate. El hecho fue grave, se abrieron diligencias contra cuarenta y ocho personas y tres regidores. Veinte de los vecinos se dieron a la fuga. El carlismo aún tenía gran fuerza en la región, aunque cada vez más como una forma de tradición familiar que como un medio para canalizar el descontento campesino. Muchos albalatinos fueron investigados, en un contexto nacional donde se acercaba otra nueva guerra carlista. Las partidas de bandoleros siguieron asolando el Bajo Aragón.

A finales del siglo XIX aún se celebraban "reuniones carlistas en Alcañiz, Híjar, Calanda, Albalate, Castelserás y otros pueblos, en los que se [oían] gritos subversivos en la plaza pública, especialmente en los días festivos"<sup>17</sup>.

De la ciudad llegaron nuevas ideologías que iban a abrir nuevos canales de protesta para las clases bajas albalatinas. Olvidada la desamortización y establecida una alianza entre el clero y la burguesía, el anticlericalismo fue tomando fuerza para los excluidos por el liberalismo. Sin embargo, por debajo de estos cambios, siguió perviviendo una cultura de la violencia donde las desavenencias personales se solían arreglar a cuchilladas o a palos. Es más, tanto en prensa como en los archivos de los tribunales penales son incontables las noticias y expedientes que hacen referencia a asesinatos y lesiones; en muchas ocasiones es difícil discernir cuándo una causa tenía motivaciones políticas o era fruto de una rivalidad personal. Todo lo dicho es aplicable a todo el periodo y muestra una cultura del odio originada por los grandes fracasos del Estado liberal español, incapaz de extender el progreso a toda la población, corrupto y oligárquico, rígido y refractario a la movilidad social e incapaz de dar voz a los desposeídos. Además, el referido Estado liberal se mostró incapaz de mantener un orden permanente: la violencia subyacente explotaba regularmente y en determinadas épocas lograba ser canalizada por ideologías propias o importadas (el carlismo en los años treinta del siglo XIX, el sindicalismo y el socialismo a partir del reinado de Alfonso XII).

En 1916 se produjo la primera muestra de rebeldía campesina alejada de la tradición carlista: una huelga de recogedores de la oliva. En un contexto nacional de protesta obrera, los braceros de Albalate pedían un au-

<sup>8</sup> Vicente BARDAVÍU PONZ, *Historia de la antiquísima villa de Albalate del Arzobispo*, Zaragoza, 1914, pp. 357 y 362-364

<sup>9</sup> En Albalate, solo en 1836, se contabiliza la nada desdeñable cifra de 40 "fugados a la facción", que no incluye a los simpatizantes carlistas que todavía no se habían decidido a alzarse en armas o los que lo habían hecho y estaban presos o muertos. En Pedro RÚJULA, *Contrarrevolución: realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, 1998, p. 392

<sup>10</sup> Pedro RÚJULA, *Rebeldía...* op. Cit., p.p. 217-221 y 246-251

<sup>11</sup> El de Albalate fue secuestrado a finales de 1836. *El eco del comercio*, 12 de octubre de 1836, n.º 896, p. 1.

<sup>12</sup> *El Eco del comercio*, 21 de marzo de 1847, n.º 1371, p. 1.

<sup>13</sup> *El Heraldo*, 11 de septiembre de 1847, p. 2.

<sup>14</sup> *La Gaceta de Madrid*, 8 de mayo de 1849, n.º 5351, p. 2

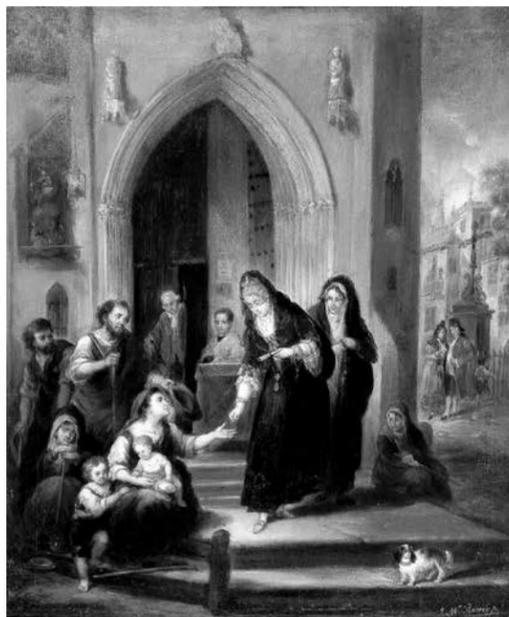
<sup>15</sup> *El Heraldo*, 9 de mayo de 1950, p. 2

<sup>16</sup> *El Imparcial*, 14 de mayo de 1868, p. 3

<sup>17</sup> *La Correspondencia de España*, 15 de marzo de 1897, n.º 14.283, p. 3

mento del jornal (fijado en "dos pesetas por siete horas de trabajo"<sup>18</sup>) y estaban dispuestos a dejar que se perdiera la cosecha de aceituna. Empezó de forma pacífica y se trató de movilizar también a los trabajadores de los molinos. Tras casi un siglo de régimen liberal, la situación de los jornaleros apenas había cambiado, aunque la evolución del mundo industrializado les empezaba a dotar de nuevos instrumentos ideológicos y de lucha. El 12 de enero la Guardia Civil intervino y, bajo la acusación de que los huelguistas habían ejercido coacciones, se trasladaron a la villa un oficial y cincuenta miembros armados del cuerpo. Cuatro días después la prensa aseguraba que el conflicto estaba solucionado.

La represión no podía ocultar el descontento que las clases bajas seguían sintiendo. Conforme se ganaban derechos (la extensión del sufragio, por ejemplo), la sociedad se polarizaba más: la burguesía, los trabajadores especializados, los tenderos y propietarios, la Iglesia y la vieja aristocracia adaptada a los nuevos tiempos, por un lado. Frente a ellos, los jornaleros y obreros, mal pagados, analfabetos y desprotegidos. Sin posibilidad real de escalar socialmente, en muchos casos solo les quedaba el camino de la caridad.



"Limosna a la salida de iglesia" (J. M. Romero López).  
La limosna se institucionalizó y se convirtió en uno de los pilares básicos del régimen burgués español.

La limosna se convirtió en la forma de compensar de forma irregular a los pobres por el desigual reparto de la riqueza. En Albalate se hizo habitual la distribución de comida entre los más desfavorecidos con excusa de alguna fiesta local, romería o visita pastoral. Así, tenemos el ejemplo de unas misiones en enero de 1880 en las que junto a procesiones, eucaristías y sermones también

*se sirvió a más de 300 pobres una abundante y nutritiva comida: a este acto asistieron todas las autoridades, y entre ellas vimos al Padre Mies, que alegremente repartía una ración de pan (12 onzas) a cada pobre. Todo lo más principal de la población acudió a ver distribuir la comida, y la música amenizaba con sus armoniosos acordes tan caritativa ceremonia*<sup>19</sup>.

En nuestros días se pueden ver restos de estas costumbres en las tradicionales romerías a la Virgen de Arcos, donde se reparte, un día pan y otro judías, a todo el que lo solicite. Ya no tiene el significado antiguo ni la funcionalidad caritativa, sino que es visto como un acto festivo más, pero no podemos dejar de notar su origen más inmediato y claro: una perversa representación, una forma de convertir la limosna en espectáculo (vicio nacional que ya censurara Benito Pérez Galdós en *Torquemada en la hoguera*)

La huelga de 1916, antes mencionada, se explica por el hambre. Salarios insuficientes y precios altos, a causa de la efímera prosperidad que trajo para España su neutralidad en la Primera Guerra Mundial, formaron un cóctel explosivo.

La lucha social, que fue el caldo de cultivo del primer carlismo, también fue lo primero que abandonó; el movimiento absolutista aparcó sus reclamaciones y se centró en los otros pilares de su ideología: el legalismo dinástico (con cientos de textos analizando leyes) y la causa foralista. El carlismo dejó atrás sus tiempos de bandolerismo romántico y con una propuesta tradicionalista empezó a resultar atractivo para la burguesía y la gente de orden. El pueblo llano dejó de idealizar el pasado y se dejó seducir por las utopías socialistas; las clases liberales dejaron de preocuparse por el progreso y empezaron a añorar un orden y una paz social de unos tiempos que nunca existieron.

La modernidad empezaba a colarse en Albalate por diferentes rendijas; por la escuela, por ejemplo. Con el siglo XX empezaron a llegar al pueblo maestros progresistas que hicieron tambalearse a algunas instituciones asentadas. Así por ejemplo, el cura protestaba de que la alcaldía propusiera como depósito de cadáveres y cuarto de autopsias una sala dentro de la iglesia, haciendo caso a los maestros "que son sin duda más poderosos que la Iglesia"<sup>20</sup>. El anticlericalismo no surgió de la nada: si se tiene en cuenta que el mayor sostén que tuvo la Iglesia ante las desamortizaciones liberales del siglo XIX fue el campesinado, puede sorprender la desafección y el odio abierto de ese mismo grupo social apenas un siglo después (en Albalate se llegó a atentar con un explosivo contra el cura párroco en época republicana). Lo cierto es que en el Bajo Aragón el levantamiento carlista fue más "laico" que en otras zonas, también se produjo pronto cierto contagio anticlerical desde Zaragoza, proveniente de una clases bajas urbanas que frente al liberalismo no habían optado por la reacción sino por una radicalización de la revolución burguesa, y que con la llegada de los moderados al poder con la mayoría de edad de Isabel II la Iglesia pasó de enemiga a aliada para las clases altas liberales españolas<sup>21</sup>. Todos parecían dar la espalda al campesinado. De este abandono iba a surgir un rencor que, desde un punto de vista sociológico, explica mucha de la violencia del siglo XIX y XX en Albalate.

Un siglo después del fin del absolutismo y del triunfo de la revolución liberal, ser pobre en Albalate seguía siendo duro. En líneas generales, la caída del régimen señorial había hecho a los ricos más ricos y a los pobres más pobres. Sin embargo, si anteriormente hemos comentado que el campesino carlista carecía de armas teóricas para expresar su malestar, al llegar el nuevo siglo esto iba a cambiar. Sería lo único, ya que en 1902<sup>22</sup>, más de la mitad de población activa (53%) seguían siendo jornaleros sin tierra, solo un 14,5% vivía de lo que producían sus pequeñas parcelas y la gran propiedad se repartía entre 25 terratenientes (prácticamente con los mismos apellidos con los que se identificaba a los propietarios de 1823). El pueblo seguía siendo eminentemente agrario, fundamentalmente joven y

tremendamente estático. La desigualdad era la norma y la situación no se corrigió con los años; es más, en 1920 la concentración de la tierra en pocas manos era todavía mayor. Además, un alarmante 79,1% de la población era analfabeta.

El modelo económico español era un desastre que priorizaba "la defensa de los sectores productivos privilegiados a costa del desarrollo del país" y que se basaba en generar "beneficios con bajos salarios y con precios remuneradores"<sup>23</sup>.

\*\*\*

Así se llega a la Segunda República (1931-1936), que más que un periodo revolucionario fue un último intento de salvar los logros de la revolución burguesa. Tras la quiebra del régimen isabelino, condenado por la preeminencia del Partido Moderado, y los levantamientos militares que este monopolio del poder provocaba, llegó el turno canovista que quebró a principios del siglo XX corroído por la corrupción y el caciquismo. La dictadura de Primo de Rivera trató de salvar el sistema implantando un modelo paternalista que se vio pronto superado por las corrientes políticas que llegaban del resto de Europa (el fascismo o el comunismo, por ejemplo) donde no habían soluciones tibias. Así se llegó a la República, como una respuesta lógica a todo lo anterior, consecuente con la realidad política de nuestro entorno.

La idealización del periodo por parte de muchas de las fuerzas democráticas españolas a partir de 1975 y su demonización por parte del franquismo deforman, como ya se ha señalado, la percepción de la Segunda República. Hasta fechas muy recientes se la vio generalmente como una época de ruptura que llevaba sin remedio a un enfrentamiento armado. Pero, ¿y si no fuera así?

Centrémonos en Albalate y en el caso de José Rivera, máximo exponente del caciquismo burgués. Proveniente de una familia liberal, con una carrera política construida, a nivel local y nacional, en los ambientes de los partidos monárquicos, ¿qué hizo en 1931, cuando el Rey se exilió? No comenzó una revolución, no se apartó

<sup>20</sup> Citado en Víctor LUCEA AYALA, *El pueblo en movimiento: protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, 2009, p. 219

<sup>21</sup> Desde la Sociología Histórica se ha planteado la teoría de que el anarquismo desempeñó para las clases trabajadoras una función que antes había cumplido la Iglesia, por lo que no se abandonó una fe, sino que se substituyó por otra.

<sup>22</sup> Los datos han sido ya estudiados en José Manuel PINA PIQUER, op. Cit., p.p. 215-216

<sup>23</sup> VV.AA., *La segunda República en Aragón*, Zaragoza, 2006

<sup>18</sup> *La Época*, 11 de enero de 1916, n.º 23.429, p. 2

<sup>19</sup> *El Siglo Futuro*, 7 de febrero de 1880, n.º 1.279, p. 4

de la política, no fue atacado. Se apuntó al Partido Republicano Radical de Lerroux y mantuvo el poder en la localidad durante prácticamente todo el periodo<sup>24</sup>. Sus leyes fueron medidas eminentemente republicanas: en la senda instaurada por el laicismo estatal se prohibieron las procesiones y manifestaciones religiosas sin permiso expreso; además se cambiaron los nombres de calles y plazas del pueblo por otros de carácter más "republicano". José Rivera, el cacique, también fue un alcalde republicano.

Ese mismo Partido Radical al que pertenecía gobernó el país entre 1933 y 1936 conjuntamente con la derechista CEDA, y solo fue desalojado del poder por un Frente Popular nacido a imitación del francés (alianza a la que a día de hoy a nadie se le ocurriría tachar de revolucionaria). La representación política de la Falange o del Partido Comunista era mínima; las asociaciones anarquistas estaban prohibidas; el gobierno de Azaña (que gobernó durante mucho menos tiempo que las fuerzas de la derecha) se esforzó duramente por ahogar cualquier intentona revolucionaria (es el caso de la triste represión de Casas Viejas); hubo una explosión anticlerical, pero bastante menos cruenta que otras que había vivido el país, así en 1835 ya se mataban cientos de monjes en Madrid, bajo el rumor de que propagaban el cólera, o en el verano de 1836 en Zaragoza, donde se quemaron conventos y asesinaron religiosos; la violencia política aumentó, cierto, como queda claro con el asesinato de Calvo Sotelo, ¿pero acaso durante el periodo turnista no se atentó contra la vida de varios presidentes de gobierno?, ¿por qué el canovismo es visto como un periodo de paz y la República como un infierno de odio? La respuesta parece clara: porque después vino la Guerra Civil.

En el ámbito rural, en Albalate por ejemplo, no hubo una revolución, sino una evolución en el conflicto que desde la caída del Antiguo Régimen enfrentaba a la burguesía y al campesinado pobre. Los jornaleros y pequeños labradores, que no se habían beneficiado en absoluto con el nuevo régimen, primero abrazaron el carlismo y, conforme fue avanzando el siglo XIX, las

nuevas formas políticas que llegaban de las ciudades industrializadas (el comunismo o el anarquismo); los burgueses rurales se declararon liberales y se beneficiaron de un nuevo modelo productivo, el caciquismo, que les enriquecía explotando sin compasión a las clases más bajas. Con la República, unos vieron más cerca sus objetivos de revolución y revancha, y otros quizás sintieran miedo ante un régimen que prometía dar voz a una gente a la que no convenía escuchar. Sin embargo, no significaba un fin de todo, ni un apocalipsis. El plácido traspaso de poderes (o la ausencia de él) en Albalate en 1931 es un buen ejemplo.

La violencia, en muchos casos heredera de la del siglo XIX, fue en aumento. Las clases proletarias radicalizaron sus discursos; los propietarios fueron desprendiéndose de sus ideales decimonónicos y acercándose a unas propuestas que prometían orden a cambio de libertad. Sin embargo, el conflicto abierto no tenía por qué ser inevitable. En muchas partes de Europa, con conflictos parecidos, no se desembocó en una lucha armada. Fue el Golpe Militar del 18 de julio de 1936, y sobre todo su fracaso, lo que llevó a unos a la revolución y a otros al nacionalcatolicismo. Pero en 1931, cuando se proclamó la República, nada estaba escrito. Como nunca está escrito nada.

\*\*\*



*La República se acogió con fervor por la mayor parte de la población, y especialmente por los sectores que habían sido marginados políticamente durante los últimos años del reinado de Alfonso XIII.*

<sup>24</sup> Curiosamente el mismo Rivera se había apartado de la política tras el golpe de Primo de Rivera en 1923, a pesar de que se le había ofrecido un alto cargo. José Manuel PINA PIQUER, op. Cit., p.p. 258-259

La República fue acogida en Albalate con gran entusiasmo, no solo por elementos progresistas, sino también por los antiguos representantes de los partidos tradicionales que volvieron inmediatamente al poder gracias a ella (tras el intervalo de la dictadura de Primo de Rivera). El 10 de mayo de 1931 se celebró un gran mitin de carácter republicano-socialista en la plaza de toros que consiguió reunir a 3.000 asistentes. La modernidad llegaba a Albalate desde fuera en las figuras de Emilio Burges, médico miembro del Partido Socialista Radical, y Luis Alguacil, maestro y presidente de la Sociedad General de Oficios Varios (UGT). Dos personas provenientes de instituciones, la educación y la sanidad, que el Estado liberal había ido estableciendo a paso de tortuga, y que iban a llegar para dotar a jornaleros y pequeños labradores de instrumentos ideológicos complejos con los que canalizar su descontento. La República, al constituir un nuevo espacio de libertad, fue desbordada por cientos de reclamaciones históricas, existentes desde hacía décadas, que habían provocado asesinatos, guerras, matanzas, huelgas y rebeliones, pero que entonces, en 1931, por fin podían manifestarse en alto. Estas dos figuras, provenientes del exterior, rompían la tradición de la protesta clásica carlista y su fracaso, unos años después, será lo que propicie el retorno a ella bajo la bandera roja y negra anarquista.

Unos días después de proclamada la República ya se produjo el primer el choque. El alcalde denunciaba a Luis Alguacil por desobediencia y porque el maestro era propulsor de un centro de obreros "en el que se pretende imponer la huelga a espaldas de la Ley y se propalan infamias y hasta amenazas contra las autoridades"<sup>25</sup>. Dos años después fue procesado por llamar "cacique" a Rivera y separado de su plaza de maestro en Albalate.

José Burges denunciaba, ya en octubre de ese mismo año, que se estaban produciendo despidos de obreros simpatizantes socialistas en los campos y que la UGT había sido incapaz de ponerse en contacto con los propietarios con el fin de negociar un mejor reparto de los beneficios del arriendo de la recolecta de olivas ("aspiración de los medieros de conseguir las olivas a medias")<sup>26</sup>. En estos primeros meses, la principal reclamación del proletariado agrícola era que se produjera un reparto de tierras comunales entre los jornaleros

(una iniciativa que se había puesto en marcha en otros pueblos del entorno, como Alcorisa) o el aumento de salarios. Esto último tuvo su expresión en diferentes huelgas y piquetes que se sucedieron en 1932 (la de los limpiadores de acequias en abril y, poco después, la de la obra de los terraplenes de la carretera). En agosto se intentó atentar contra el alcalde y a punto estuvo de ser defenestrado desde el ayuntamiento.

La UGT fracasó en su intento de monopolizar la lucha sindical y al pueblo llegaron ideas radicales anarquistas (CNT), que curiosamente calaron con fuerza en una localidad con un amplio historial de violencia subterránea desde la época carlista. El anarquismo chocaba con la tradicional política caciquil, pero también con la nueva legalidad republicana y, como tal, fue combatido por ambas. Sin embargo no lograron evitar su popularidad creciente ya que "el bakuninismo ejerció un fuerte influjo en [las formas organizativas feudales que coexistían con el capitalismo], ya que conectó bien con los valores, las simbologías y las inquietudes propias de la existencia del campesinado tradicional"<sup>27</sup>.

En 1933 se celebraron de nuevo elecciones. Sus resultados marcaron un punto de inflexión al volver a ganar las derechas. La UGT y el Partido Socialista se retrajeron y el anarquismo ganó adeptos. Sin posibilidad de conseguir el poder a través de las urnas (según su argumento, porque el poder caciquil contaminaba todo el proceso) muchos de los elementos izquierdistas abandonaron las formas de lucha sindicalistas (la huelga) y volvieron a los brazos de la violenta tradición carlista (las algaradas y atentados contra la autoridad). Es el odio al patrón, al rico, al liberal, lo que hermana a las dos ideologías (carlismo y anarquismo), tan diferentes en muchos puntos, pero coincidentes en entender el mundo como un lugar sin matices que solo puede ser transformado a golpe de mazo.

El mismo día de las elecciones se rompieron dos urnas y, por tanto, se decretó el aplazamiento de las votaciones en varios distritos. En un caso la urna se tiró al suelo, fue pateada por el candidato de la coalición socialista<sup>28</sup>, "se promovió gran escándalo", se arrojaron vidrios a las caras de los presentes y "las sillas iban por el aire". Los promotores del altercado aludían ser víctimas

<sup>25</sup> Archivo Histórico Provincial de Teruel (en adelante A.H.P.T) – Audiencia (001246/0004)

<sup>26</sup> *República*, 22 de octubre de 1931

<sup>27</sup> Francisco ENTERNA DURÁN, ...op. Cit., p. 62

<sup>28</sup> Futuro dirigente anarquista

de una conspiración y que el cura era el responsable. Uno era descrito por el alcalde así:

*jornalero, natural de esta Villa [...] es persona de conducta poco recomendable, ya que se trata de un sujeto que, en todas las alteraciones de orden concurridas en esta localidad de poco tiempo a esta parte, ha formado a la cabeza de las mismas en unión de otros afiliados al Centro político al que pertenece*<sup>29</sup>.

Lo mismo afirmaba del otro acusado, que unos meses después sería condenado por un asesinato sin aparentes vínculos políticos, más allá de la diferente clase social de los implicados (propietario el muerto, jornaleros los asesinos):

*se le acercó su convecino [...] diciendo "a ti te busco, mata perros, poco hombre" y acto seguido con la mayor rapidez acometió a éste con un cuchillo [...] con el propósito de darle muerte*<sup>30</sup>.

La víctima, que estaba borracho, falló en su persecución y los amigos del condenado le dieron "quinque cuchilladas, estando ya en el suelo". Esto sirve de ejemplo de que la violencia en época republicana no solo no surgió de la nada, sino que venía de una tradición en la que la política era una más de sus manifestaciones.

Cuatro días después de las elecciones, un grupo de unos 60 individuos intentó asaltar la casa de Emilio Burges "insultándole y amenazándole de muerte"<sup>31</sup>. Poco después abandonaría el pueblo, certificando el fracaso del socialismo sindical, incapaz de hacerse con el poder o de plantar cara a la oligarquía siguiendo métodos de lucha modernos. Se iban conformando dos bandos, más allá de la simplificación jornaleros-propietarios, con posiciones cada vez más radicalizadas. La repentina ilusión de unos, el miedo de otros, el inusitado clima de libertad que se respiraba donde las opiniones al fin se decían en voz alta... Todo esto no supuso una explosión, sino algo más parecido a una inundación, en la que el río del descontento había permanecido subterráneo y por fin salía a la luz, encontrándose con un di-

que social (la antigua burguesía y la nueva derecha) que intentaba embalsar su reclamación de justicia social.

Llegaron las bombas. Primero contra la farmacia de Zoe Rosinach, en la plaza Nueva, la madrugada del 4 de junio de 1933, con daños que se calcularon ascendían a 500 pesetas<sup>32</sup>, en lunas, espejos y demás cristalería. Después contra la casa del cura el 30 de marzo de 1934 con un petardo "al parecer constituido por un envase de hoja de lata cargado de pólvora y valines"<sup>33</sup>. Y finalmente, unos días después, contra el Casino, aunque esta vez no llegó a explotar "porque apercebido el conserje lo tiró a la calle". En esta última ocasión el "petardo" era

*un bote de hoja de lata, de los de conserva de melocotón, cargado con un cartucho, al parecer de dinamita negra, una mecha y valines de mauser, disparados y sin disparar y otros efectos*<sup>34</sup>.

A uno de los detenidos por estos actos terroristas se le encontró "un carnet de la CNT"<sup>35</sup>. A finales de 1933 la CNT y la FAI ya habían sido declaradas ilegales, pero la rebeldía campesina siguió manifestándose de la manera tradicional: robos de olivas, tala de pinos, destrozos a las propiedades de los caciques y acomodados.

El 29 de noviembre de 1934 fue detenido un joven agricultor por desorden público "con motivo de haber izado una bandera con los colores rojo y negro [...] en punto visible de su casa en construcción"<sup>36</sup>. El clima de revancha era enorme tras el fracaso de la huelga general de octubre y la revolución asturiana. Poco después fue detenido un notorio anarquista y se encontraron varios folletos en su casa llamando a la rebelión contra el gobierno de Lerroux y en 1935 se decapitó la organización en Albalate con la incautación de "folletos, carnets, tampones, 986 sellos de cotización de 0,30 ptas. [del sindicato] y una libreta en la que aparece como asociados trece vecinos [...] que han realizado cotizaciones"<sup>37</sup>.

\*\*\*

<sup>29</sup> A.H.P.T – Audiencia (001262-0001)

<sup>30</sup> A.H.P.T – Audiencia (001263-0006)

<sup>31</sup> A.H.P.T – Audiencia (001262-0002)

<sup>32</sup> A.H.P.T – Audiencia (001263-0002)

<sup>33</sup> A.H.P.T – Audiencia (001267-0016)

<sup>34</sup> A.H.P.T – Audiencia (001267-0018)

<sup>35</sup> Citado en José Manuel PINA PIQUER, ...op. Cit., p. 307

<sup>36</sup> A.H.P.T – Audiencia (001271-0012)

<sup>37</sup> A.H.P.T – Audiencia (001272-0001)

El programa social republicano estaba marcado por la mejora de las condiciones de vida de los campesinos. Durante toda la República en Albalate no se contempló ni la colectivización ni la expropiación de la gran propiedad. Las peticiones más típicas fueron las de mejores salarios y el reparto de tierras comunales entre los que nada tenían. La reforma agraria (tan importante en otras partes del país) apenas estuvo en la agenda sindical aragonesa. Lo que el campesinado albalatino pedía era que se reformaran los aspectos de la revolución liberal más dañinos para sus intereses. Así querían el rescate de los bienes comunales enajenados por el Ayuntamiento o que se anularan los contratos de aparcería y de medieros. Lo más radical que se esperaba de la República era una nueva Ley de Arrendamientos. Si uno lee las quejas carlistas de mediados del XIX puede encontrar lo mismo casi palabra por palabra (aunque en vez de una nueva ley, se reclamaba la vuelta al sistema antiguo).

No sería hasta la llegada de anarquistas catalanes, una vez empezada la Guerra Civil, que se adoptaron puntos de vista más radicales. Lo cierto es que la República solo significó un periodo de esperanza en el que las reclamaciones por fin podían ser oídas, que no atendidas. La presa que intentaba contener el movimiento social agrario estalló y con ello vino la guerra y una serie de acciones y reacciones de las que no se debe culpar a la Segunda República, sino a todos los que trabajaron tan duramente por hacerla fracasar.

Solo hay que ver las actas de la asamblea de las organizaciones obreras de la localidad de 21 de septiembre de 1936<sup>38</sup> en las que es evidente que no se sabía cómo actuar ante el nuevo escenario producido por el golpe de Estado franquista. La revolución anarquista y colectivista de 1936-1939 se explica más por el golpe militar del general Franco, su fracaso y el vacío de poder que dejó tras de sí, que por las reclamaciones republicanas y de una izquierda que en 1936, tras los fracasos de 1934, había moderado mucho su programa.

\*\*\*

En el *ABC* de 8 de febrero de 1936 se contaba la exitosa gira de María Rosa Urraca Pastor por diferentes pueblos de Teruel:

*A las 8 de la noche, la incansable propagandista tradicionalista mitineó en uno de los locales más amplios de Albalate del Arzobispo, asistiendo un enorme gentío.*

La dirigente carlista sería una de las figuras más populares del bando franquista durante la Guerra Civil. Visitaba una localidad que un siglo antes había sido definida como "eminentemente carlista", que había protagonizado algaradas de este signo durante todo el s. XIX, lugar de residencia de uno de sus cabecillas (Cabañero) más notorios y con una composición social que durante años los había apoyado; un pueblo que, todavía en 1909, había enviado una delegación a Zaragoza a los funerales de don Carlos de Borbón (Carlos VII según el movimiento)<sup>39</sup>.

De aquel mitin es difícil imaginar que el "enorme gentío" estuviera formado por jornaleros o labradores sin tierra; lo más lógico, la base sobre la que entonces se mantenía el carlismo, es que hubiera pequeños propietarios, católicos y gente de orden aterrorizada ante las demandas y el caos que traían socialistas y anarquistas. El campesinado había cambiado, manteniendo su tradición de violencia, empezaba a mirar al futuro; el carlismo y sus nuevos amigos empezaron a idealizar un pasado, previo a la República, donde reinaba la paz social, un pasado que tampoco había existido nunca.

En las elecciones de aquel año, el partido de María Rosa Urraca Pastor, el Partido Tradicionalista, consiguió en Albalate 132 votos. El Frente Popular 2.806.

\*\*\*

El camino que llevó a buena parte de una comunidad a abandonar una ideología tradicionalista, feudal y ultracatólica, y a abrazar otra libertaria y anticlerical debió ser largo y complejo<sup>40</sup>. Sin embargo, a pesar de las grandes diferencias, es importante tener en cuenta las similitudes entre el primer carlismo aragonés y el anarquismo rural republicano: compartían un mismo enemigo (la clase alta liberal), tenían similares reivindicaciones (reparto de tierras comunales, mejores contratos de arrendamiento, etc.) y hacían uso de las mismas armas (asalto a fincas, impagos, agresiones a la autoridad, algaradas, gritos y reyertas, pasquines, rimas y demás formas tradicionales de rebeldía campesina).

<sup>38</sup> Archivo Fundación Bernardo Aladrén H-4-6-1

<sup>39</sup> *El Correo español*, 28 de julio de 1909, p. 1. Albalate es definido allí como "pueblo carlista"

<sup>40</sup> Para un excelente estudio sobre el tema, desde el punto de vista de la sociología, consultar Francisco ENTERNA DURÁN, ...op. Cit., p.p. 57-79



*Arriba y abajo. La sociedad albalatina, un siglo después de la Revolución liberal se encontraba fragmentada y rota.*

Además ambas ideologías son apolíticas, cuando no abiertamente antipolíticas.

El fracaso del Estado liberal para incluir en su proyecto de progreso a los más pobres, y de la República para cumplir con las aspiraciones de una clase que la acogió con gran esperanza, empujó a parte del proletariado rural hacia un anarquismo que, con otras palabras, atacaba a las mismas personas, con parecidas reivindicaciones y con métodos semejantes a los que el carlismo había venido usando desde la caída del Anti-

guo Régimen. La paz social durante la Restauración fue una ilusión creada *a posteriori* y el sindicalismo socialista de los años treinta fue incapaz de instaurar alguno de los métodos de lucha modernos (la huelga) o de hacerse con el poder, ya sea de forma pacífica (elecciones de 1933) o violenta (revolución de 1934).

Al final, el campesinado albalatino, abandonado otra vez por todos, volvió a lo que conocía, cambiándole el nombre, pero manteniendo sus esencias.